

ACTIVIDADES

1. Lee atentamente el texto y presta especial atención a los términos o frases subrayados
2. Responde a las siguientes preguntas:
 - ¿Quién es la autora de este texto?
 - ¿Qué conoces sobre ella?
 - ¿En qué contexto escribe?
 - ¿Cuál es la tradición del texto?
 - ¿A qué género literario pertenece?
3. Aclara el significado de las palabras y frases subrayadas
4. Señala las referencias que encuentres a Grecia y su cultura (referencias directas o indirectas); ¿Qué significado crees que tienen? ¿A qué época se refiere el fragmento? ¿Qué te hace pensar esto?
5. Comenta todo aquello que haya llamado tu atención y explica por qué

Musa, con los mismos versos con que celebras las armas y los héroes, permíteme que entreteja una fabulilla en breves términos, pues para ti me he retirado, revolviendo en mi mente contigo un propósito secreto; por ello no me lanzo con el metro falecio ni con el trímetro yámbico, ni con el mismo que, roto en el último pie, aprende a irritarse, guiado por el poeta de Clazómenas. Muy al contrario, abandono por completo mis otros versos, cuantos por miles escribí en plan lúdico, enseñando por primera vez a los romanos a contender con los griegos, y a cambiarlos con nuevas sales, y a ti me dirijo con los versos en cuyo manejo eres la primera y la mejor: desciende tú a los ruegos de tu protegida, y escúchame.

Dime, Calíope: ¿qué está pensando el gran padre de los dioses? ¿Cambia alguna vez las tierras y las edades patrias, y las artes que un día nos dio, nos las arrebató mientras morimos, y nos manda que, sin palabras y privados de razón, de forma no diversa de cuando nos alzamos por primera vez del campo, de nuevo nos lancemos por bellotas y agua pura? ¿O conserva las restantes tierras y ciudades cual amigo, pero asola la raza ausonia y los descendientes de Rómulo?

¿Qué? Reflexionemos un poco: dos son las causas por las que Roma alzó inmensa su cabeza: el valor en la guerra y la sabiduría en la paz. Pero el valor, ejercitado en la patria y en las guerras sociales, se lanza fuera, a los mares de Sicilia y a las rocas de Cartago, destruyó a un tiempo los otros imperios y el orbe entero. Después, como el vencedor en el estadio aqueo que, ya único, languidece y se va quedando decrepito al no ejercitar su fuerza, del mismo modo ocurrió a la tropa romana cuando dejó de luchar y con sus extensas riendas moderó la paz; ella misma reflexionando sobre las leyes y los descubrimientos de los griegos, regía todos los dominios logrados con al guerra, por tierra y por mar, con prudencia y con ánimo flexible.

Sobre estos principios se alzaba, y sin ellos no hubiera podido mantenerse, o, por el contrario, se probaría que en vano había mentido Júpiter a su esposa al decirle: “Te he dado un imperio sin fin”.

Pero ahora el que gobierna en Roma, más dado en lo sexual a recibir que a dar, y pálido por su voracidad, ha ordenado que abandonen la urbe y se vayan fuera de Italia todos los estudiosos y el nombre y linaje de los hombres sabios a ellos dedicados.

“¿Qué podemos hacer? Dejamos a los griegos, hombres de verdad, y sus ciudades, para que Roma recibiera una mejor instrucción con tales maestros. Ahora, como cuando los galos, al asustarlos el capitolino Camilo, huyeron tras sus espadas y su lanza, así nuestros ancianos se dice que andan errantes y ellos mismos se llevan sus libros cual fardo mortuario.

Por lo tanto se equivocó Escipión Numantino y Líbico, que creció recibiendo las enseñanzas del maestro de Rodas, y toda la demás tropa elocuente de la segunda guerra púnica, entre quienes la

divina sentencia del viejo Catón había considerado fundamental que los dioses supieran si la estirpe romana se mantenía mejor en las situaciones prósperas o en las adversas.

Sin duda en las adversas. Pues cuando a defenderse con las armas anima el amor a la patria y la esposa siempre atada en la casa, los romanos se unen, como la caterva de las abejas protegiéndose con sus dardos apretados por sus cuerpos amarillos se lanza unida contra las avispas, que tienen su casa en la colina de Moneta. Pero cuando la abeja vuelve segura, olvidándose de los panales, la plebe y los reyes mueren juntamente en el sopor de la gordura. Así pues, una paz duradera y pesada es la ruina para los descendientes de Rómulo.

De esta forma pone fin a la fabulilla.

Después, óptima Musa, si quien vivir no tiene para mí placer alguno, querría que me advirtieras si, tal como en un tiempo perecían Esmirna y Biblis, quieres que ahora marchemos también nosotros. O en fin tú, como diosa, busca cualquier otra solución: haz tan sólo que disfrute Caleno de las murallas de Roma y del mismo modo apártalo de los sabinos.

Esto dije yo. Entonces la diosa comienza a hacerme digna de estas contadas palabras: “Deja tus justos temores, fiel mía: estos odios enormes amenazan al tirano, y está a punto de perecer en honra nuestra. Pues habitamos los bosques de laureles de Numa y las mismas fuentes, y en compañía de Egeria nos reimos de sus inútiles intentos. Disfruta de la vida, ten salud. Su fama está reservada a este hermoso dolor tuyo: te lo promete el coro de las Musas y el Apolo romano